

*Departamento de Historia, Facultad de Humanidades,
Universidad Nacional del Comahue.*

ISSN: 0327-4233

URL: <http://revele.uncoma.edu.ar/htdoc/revele/index.php/historia/index>

El concepto de nación en Scalabrini Ortiz: acercamientos y diferencias de un nacionalista con los intelectuales de su época

The concept of nation in Scalabrini Ortiz's works: approaches and differences of a nationalist with the intellectuals of his time

Gonzalo Rubio García*

gonza_rubio@hotmail.com

Resumen

El concepto de nación de Scalabrini Ortiz fue un tema poco estudiado, relegado a un segundo plano ante la importancia que cobraron sus escritos literarios y políticos. Sin embargo, su postura frente a lo que él creía que eran, o debían ser, los argentinos y su papel en América, deja entrever la lógica que guarda su nacionalismo y su anti imperialismo, al mismo tiempo que permite vislumbrar los mecanismos explicativos e ideológicos que poseía su pensamiento. Mediante el análisis de sus obras, en este artículo no solo damos cuenta de sus posturas filosóficas y políticas, sino que también exponemos las influencias intelectuales que recibió para crear su ideario a fin de establecer parte de la matriz ideológica de Scalabrini y sus respectivos cambios a través de los años.

Palabras Clave: Scalabrini Ortiz, concepto de nación, nacionalismo, anti-imperialismo, hispanoamericanismo.

* Profesor y Licenciado en Historia (UBA). Doctorando en Historia

Abstract

Scalabrini Ortiz's concept of nation has been little considered and has been set aside for studies which concentrate on his literary and political works. However, his stance on what he believed Argentinian people were or were supposed to be and their role within America, allows us to understand the logic of his nationalism and his anti-imperialism. At the same time, this gives us access to the explanatory and ideological mechanisms of his thinking. Through an analytical approach to his written works, in this article we will give an account of Scalabrini Ortiz's philosophical and political positions and the intellectual influences he received in order to show how he elaborated his ideas and how his ideological approach was shaped and transformed through the years.

Key Words: Scalabrini Ortiz, concept of Nation, nationalism, anti-imperialism, hispanoamericanism.

Fecha de recibido: 1 de julio de 2016

Fecha de aceptación: 1 de noviembre de 2016

“Creer: He allí toda la magia de la vida”¹

Raúl Scalabrini Ortiz

1) Introducción

Editado en 1931, *El Hombre que está solo y espera* fue una obra trascendental para la sociedad porteña de la “Década infame”, nombre que dio a la época el autor nacionalista José Luis Torres. Contenía ideas y conocimientos relativos a la identidad del “Hombre porteño”, siendo considerado por un amplio sector de la población como un escrito indiscutible que describía y resumía su cultura.²

Su autor, Raúl Scalabrini Ortiz, -de ahora en más, Scalabrini- nació en 1898 y era el tercer hijo varón de Ernestina Ortiz y Pedro Scalabrini, un italiano que emigró a la Argentina en 1868 como resultado de su actividad política y que aquí incentivó el desarrollo de la paleontología y filosofía, en especial las doctrinas de Auguste Comte. Sin embargo, a diferencia de su padre, nuestro autor, tras recibir su diploma como agrimensor en 1919, eligió el mundo literario para expresar su intelectualidad. Luego de lograr editar su primera obra, *La manga* (1923), y de publicar varios escritos en *Martín Fierro*, *El Hogar*, *La Nación*, se dedicó a recopilar varias de sus anotaciones y publicar *El hombre...*³

El contexto político y social en que su premiada obra llegó a la venta no representa una cuestión menor. La década de 1930 se caracterizó por la revisión que realizaron los individuos de los conceptos que articulaban su ideología, la sociabilidad entre sus pares y el liberalismo como sistema político vigente. El impacto de la caída de Wall Street en 1929, seguida de la crisis social y política a principios de la siguiente década, establecieron una ruptura que perturbó las imágenes argentinas construidas, en especial aquellas que mostraban una supuesta excepcionalidad de nuestro país.⁴ En este sentido, autores como Scalabrini o Martínez Estrada cobraron importancia pues indagaban sobre la “esencia” argentina y sus particularidades.

La edición de *El hombre...* permitió a Scalabrini ser reconocido dentro del mundo literario. Sin embargo, pronto se alejó de ese ambiente para dedicarse a los escritos de

¹ Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre que está solo y espera*, Buenos Aires, Albatros, 1931/1951, p. 7.

² José Luis Torres, *La década infame*, Buenos Aires, Patria, 1945.

³ Ver: Noriko Mutsuki, Julio Irazusta, *Treinta años de nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Biblos, 2004, p. 198, Norberto Galasso, *Vida de Scalabrini Ortiz*, Buenos Aires, Mar Dulce, 1970, pp. 71 y 95, Naomi Lindstrom, “Scalabrini Ortiz: El lenguaje del irracionalismo”, *Revista Iberoamericana*, Nums. 130-131, enero-junio 1985, pp. 185-187, Dardo Cúneo, *El desencuentro argentino 1930.1955*, Buenos Aires, Pleamar, 1965, pp. 153-154 y Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920-1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988, pp. 217-218 y 240-242.

⁴ Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo: 1880-1910, derivas de la cultura científica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 227.

carácter económico y político, pero sin abandonar las concepciones que acuñó en sus primeras obras, tanto en *El hombre...* como en *La manga*, e incluso profundizando, tal como veremos a continuación, algunas de sus primeras ideas sobre el nacionalismo y la cultura Argentina.

En este escrito analizaremos las concepciones en torno a la idea de nación de Scalabrini desde una perspectiva cultural, privilegiando aquellas obras que dan cuenta del desarrollo de la identidad nacional. Entendemos que los aspectos culturales deben analizarse mediante la historia de las ideas, una parte de la historiografía que buscaba comprender las creencias del pasado -los conceptos, palabras y representaciones sociales- utilizando escritos que restituyan la visión que los seres humanos tenían de su época.⁵

Para la tarea propuesta, realizaremos una síntesis del uso que se le ha dado a ese concepto desde la Revolución de Mayo hasta principios del siglo XX. Luego examinaremos las distintas perspectivas utilizadas por nuestro autor junto a las influencias que recibió de otros intelectuales respecto a este tema, utilizando como principales fuentes obras como: *El hombre...*, *Política británica en el Río de la Plata* (1940) e *Historia de los ferrocarriles argentinos* (1940), entre otras publicaciones.

En este sentido, y planteados dichos objetivos, nos preguntamos: ¿cuál era la lógica que articulaba la idea de nación de nuestro autor? Postulamos que Scalabrini fue variando sus opiniones respecto a esta temática como consecuencia de las influencias intelectuales que recibió a lo largo de su vida. Sin embargo, también consideramos que estas variaciones estuvieron sujetas a un hilo conductor que guiaba sus pensamientos dentro de un mismo razonamiento.

En relación a su latinoamericanismo, cuestión en la que Daniel Campi y Norberto Galasso han hecho hincapié, afirmamos que él estaba a favor de la unión del continente en la lucha contra el imperialismo, pero que no asimilaba la cultura Argentina a la de otros países bajo una idea más amplia de nación.⁶

⁵ Oscar Terán, *Historia de las ideas en la Argentina: Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2012, p. 11. Además, para este tema es conveniente ver: Carlos Altamirano, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005 y Paula Bruno, *Pioneros culturales de la Argentina, Biografías de una época*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

⁶ Campi argumentó que el sentimiento “americanista” se vigorizó en la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial. Para él, Scalabrini reconocía “lo argentino en lo hispanoamericano”. A su vez, Galasso también sostuvo que Scalabrini amplió su idea de nación hacia los pueblos de Latinoamérica. Ver: Daniel Enrique Antonio Campi, “El nacionalismo hispanoamericano de Raúl Scalabrini Ortiz”, en *Actas del congreso internacional de historia americana*, Córdoba, 1987, pp. 113 y 114 y Norberto Galasso, *Vida de Scalabrini...*, op. cit., pp. 218-219.

A su vez, consideramos que Scalabrini mostró diferencias con otros nacionalistas de la época -en especial con Manuel Gálvez- en relación al papel que otorgaba a Buenos Aires en el desarrollo de la matriz cultural nacional. Por esta razón, afirmamos que nuestro autor consideraba a la ciudad porteña como el lugar geográfico que posibilitó el desarrollo de la nación argentina.⁷

2) Sobre el concepto de nación en Argentina

Luego de la Revolución de Mayo, el concepto de nación fue despojado de toda referencia étnica. La idea de retroversión de la soberanía resultaba relevante a la hora de explicar posibles formas de organización para el territorio argentino, así como también, justificaba que los pueblos y provincias fueran concebidos como sujetos con derechos políticos que habían *recuperado su soberanía*; el poder de la nación se entendía como la suma de esas soberanías.⁸ Constituir una nación era “organizar un Estado mediante un proceso de negociaciones políticas tendientes a conciliar las conveniencias de cada parte, y en las que cada grupo participante era consciente de los atributos que lo amparaban según el derecho de gentes” y las concepciones que traía aparejado.⁹

A partir de 1830, en el ámbito cultural cobraron importancia las posturas de la Generación del 37.¹⁰ Este grupo de letrados interpretó la realidad argentina mediante la necesidad de construir una identidad nacional. Siguiendo la moda cultural del romanticismo, sus pensadores prestaban atención a fenómenos que no formaban parte del ámbito de la racionalidad iluminista,¹¹ dando más importancia a aspectos irracionales como la imaginación o las emociones humanas.

⁷ En relación a la hipótesis planteada, sería interesante tener en cuenta la obra *Historia de una pasión argentina* (1937) de Eduardo Mallea para futuros trabajos. En este caso, excede los límites planteados para el presente trabajo.

⁸ Para este tema, ver: Noemí Goldman y Fabio Wasserman, “Un balance de la historia política en el proceso de Independencia, *Investigaciones y ensayos*, Vol. 62, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2016, 23-46.

⁹ José Carlos Chiaramonte, *Nación y Estado en Iberoamérica*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004, p. 63. El derecho de gentes fue distinguido del derecho natural por Ulpiano, quien consideraba al último como algo que regía a todo el reino animal, no solo al género humano. Consideraba que el derecho de gentes, “es decir de todas las naciones”, es “el que una razón natural establece entre todos los hombres, y se observa en todos los pueblos y, como el derecho natural, tiene validez universal y perpetua”, en José Carlos Chiaramonte, *Fundamentos intelectuales y políticos de las independencias*, Buenos Aires, Teseo, 2010, p. 21.

¹⁰ Un grupo de jóvenes intelectuales argentinos cuyos principales exponentes fueron Faustino Domingo Sarmiento, Esteban Echeverría y Juan Bautista Alberdi. Se caracterizaron por sus influencias provenientes del romanticismo inglés y francés.

¹¹ La Ilustración (también denominado Iluminismo) fue un movimiento cultural europeo que se desarrolló desde finales del siglo XVII a los primeros años del siglo XIX. Los pensadores de la Ilustración sostenían que la razón humana podía combatir la ignorancia, la superstición y la tiranía para construir un mundo mejor.

Con el romanticismo del Río de la Plata se difundió el principio de las nacionalidades, innovando en las concepciones que se tenían sobre el concepto de nación y ampliando el horizonte de perspectivas. Según su concepción, una comunidad identificada con determinados rasgos étnicos tenía derecho a constituirse en Estado independiente. Planteaban la necesidad de dar forma a una cultura y a la conciencia nacional para completar la emancipación iniciada en 1810. A través de ese pensamiento ligaron el concepto de nación al de nacionalidad, esforzándose por definir lo autóctono frente a otros modelos culturales, en especial los europeos. Sin embargo, el mayor problema que encontraban era el vacío de tradiciones locales sobre las cuales poder erigir un nuevo orden. No obstante esa contrariedad, en el discurso de los exiliados rosistas¹² empezó a cobrar mayor precisión la representación de la identidad nacional argentina, que a su vez coexistía con otras ideas de nación como la americana.

Considerando los intentos del romanticismo por formar una cultura nacional, debemos tomar en cuenta que las naciones americanas no pudieron eludir el “recurrir constantemente a la cultura europea en busca de elementos para sus instituciones en formación, elementos que, pese a todo lo que pueda afirmarse románticamente, sólo en parte muy pequeña se podían hallar en cada región del continente”.¹³

A finales del siglo XIX, los presupuestos de la Generación del 37 generaron interpretaciones erróneas sobre los procesos de independencia. Según Nora Souto y Fabio Wasserman, “por una parte, la preexistencia de nacionalidades que se habrían ido conformando durante el dominio español y por otra, el papel protagónico de las nuevas naciones en aquellos movimientos”.¹⁴ Respecto a este punto, Chiaramonte consideró que el concepto de nación influyó en la historiografía de dos formas distintas: una directa, que pone la nación al comienzo, y otra indirecta, que habiendo corregido tal error continúa, sin embargo, dominada por la preocupación de la génesis de la nación, de manera tal que “toda la historia anterior a su constitución se conforma teleológicamente en función de explicarla”.¹⁵

Más allá de esa cuestión, la derrota de Rosas en 1852 sentó nuevas condiciones para la organización política de los pueblos del Río de la Plata. En este contexto, resultó esencial

¹² Entendemos que el exilio promueve ciertos patrones de identidad social, política y cultural, con el territorio que se abandona y también con las diferentes personas que forman parte del proceso de destierro.

¹³ José Carlos Chiaramonte, *Problemas del europeísmo en Argentina, Santa Fe*, Imprenta de la Universidad Nacional del Litoral, 1964, p. 14

¹⁴ Nora Souto y Fabio Wasserman, “Nación”, en Noemí Goldman (comp.), *Lenguaje y Revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*, Buenos Aires, Prometeo, 2008, pp. 83 a 99.83.

¹⁵ José Carlos Chiaramonte, *Nación y estado...*, op. cit., p. 21.

el concepto de nación por su capacidad para actuar como catalizador de las acciones públicas. Las discusiones se centraron en torno a la forma en que el Estado debía constituirse, teniendo en cuenta los conflictos que se sucedieron hasta su consolidación hacia 1880. De esta manera, la nación tuvo una base pactista-política al momento de concebirse y luego una lenta y progresiva incorporación de contenidos de carácter sociocultural; la homologación entre el concepto de nación de carácter político y el de carácter cultural se hizo de forma gradual y tardó varias décadas en lograr imponerse.

En la época de la independencia no existían las actuales naciones iberoamericanas –ni las correspondientes nacionalidades–. Por el contrario, había distintas entidades autónomas –provincias, ciudades– con carácter soberano que adhirieron al proceso independentista. Quienes intentaban unirse bajo una asociación política, basaban su proyecto en el *consentimiento* y no en la *identidad*. No fue sino hasta 1852, cuando se llevó adelante la realización de un proyecto de nación basado en la noción de nacionalidad como fundamento de la legitimidad del Estado. Sin embargo, las nociones que tenía el romanticismo argentino no lograron imponerse por completo; la fuerza que revestían los localismos era todavía muy importante. Por esta razón, la Argentina de 1880 –inmigración mediante– obtuvo una nacionalidad distinta a la que se había pensado.

Entre 1880 y 1910 emergieron distintas preocupaciones en el Estado que llegaron a inquietar a los intelectuales del período. Se instaló una problemática que agrupaba varias cuestiones; sociales –por los desafíos que planteaba el mundo del trabajo urbano–, nacionales –ante el proceso de construcción de la identidad colectiva–, e inmigratorias –porque todos los problemas anteriores se veían incrementados por la incorporación de inmigrantes–. La crisis de 1890 reveló la falta de civismo, tradiciones y educación que muchos intelectuales atribuyeron a una presencia excesiva de extranjeros. Algunos inmigrantes adherían a ideologías socialistas y anarquistas que las elites consideraban impropias para la Argentina que se estaba construyendo.

Dentro de este contexto, se presentaron distintas respuestas a estos problemas teniendo en cuenta la nacionalidad de tipo cultural. De acuerdo con Lilia Ana Bertoni, se instauraron dos perspectivas principales. La primera se basó en la comprensión de la nacionalidad por la combinación de diferentes pueblos. Quienes sostenían esta postura creían que la nacionalidad se definiría a medida que “pasara el tiempo”; primaba en ellos la posibilidad de pensar a la nación a partir de la coexistencia y mezcla de elementos extranjeros. La segunda se basó en ideas “esencialistas”; apelaba a una nacionalidad preexistente con rasgos definidos, la cual no debía verse contaminada por componentes

extranjeros. Esta perspectiva marginaba a la gran proporción de extranjeros que residía en el país, por tanto generaba conflictos con un porcentaje de la población.¹⁶

Los problemas trataron de ser resueltos mediante el Estado, tanto por la vía coercitiva –a través de las leyes de Residencia y Defensa Social, el estado de sitio, etc., como por la búsqueda de consenso e incorporación plena de los extranjeros y sus hijos a una “identidad nacional argentina”. Entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX, la elite intelectual buscó imponer el nacionalismo de tipo cultural, en primer lugar, para generar fuertes sentimientos de identificación nacional y poder incorporar a las masas a la nación y, en segundo lugar, según afirmó Terán, “para definir una posición de supremacía de los criollos viejos ante los extranjeros”,¹⁷ en una clara lucha de poder dentro de los diversos grupos sociales argentinos.

Sin embargo, como respuesta a los fracasos de los proyectos sociales del positivismo, cuyas ideas fueron utilizadas por las elites sociales gobernantes de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, comenzaron a surgir corrientes anti positivistas que buscaron dar respuesta a las preocupaciones político-sociales de las clases altas. El anti positivismo marcó –incluso en la historiografía– los fracasos del positivismo para fundar simbólicamente los valores colectivos de un nuevo nacionalismo; no era capaz de formar un relato identitario.

En torno a la época del centenario se fueron dando las primeras manifestaciones anti positivistas mediante el irracionalismo y el modernismo literario. Fue en ese contexto de introspección cultural en el que la pregunta “¿qué es ser argentino?” empezó a tener lugar y a desarrollarse entre los diferentes intelectuales de la época.

3) Scalabrini, la nación y los inmigrantes

En algunos de sus primeros escritos, principalmente aquellos editados en los últimos años de la década de 1920 y los primeros de la década de 1930, Scalabrini concibió al argentino mediante la identidad del porteño. Creando un hombre representativo buscó resumir a toda la población Argentina. En *El hombre...* Buenos Aires funcionaba como un “agente catalítico” que mostraba el prototipo del argentino; “hijo de nadie” sino “de la tierra”.¹⁸ Al respecto se preguntaba: “¿por qué se querrá que seamos de distinta manera de la que

¹⁶ Lilia Ana Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 374.

¹⁷ Oscar Terán, *Historia de las...*, op. cit., p. 121.

¹⁸ Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre...*, op. cit., pp. 12, 19-22 y 37-39.

somos? ¿Por qué alegrarnos artificialmente si somos tristes, si queremos ser tristes? ¿Por qué hemos de imitar la displicencia decadente de un francesito?”.¹⁹

El concepto de nación que esbozó Scalabrini en *El hombre...* se diferenciaba del de otros nacionalistas; la mayoría trataba de establecer una relación simbiótica entre la nación y un determinado territorio. Para ellos, el justificativo de la formación del Estado era una etnicidad naturalmente formada y anterior. Por el contrario, Scalabrini creía que una nación creada podía formar su etnicidad y promover la organización de un estado, ya que su existencia no residía en la presencia de una etnia²⁰ originaria, sino que su creación dependía de un conjunto de aportes humanos heterogéneos –la inmigración cobraban gran relevancia– que podían conformar un nuevo conglomerado cultural.²¹

Según pudimos observar en *El hombre...*, Scalabrini buscaba al “ser nacional” –aquello que definía culturalmente a la nación– en Buenos Aires, ya que esta ciudad, argumentaba, había unido las costumbres y etnias extranjeras dando origen a la nacionalidad argentina. Para nuestro autor, la ciudad tenía una “facultad catalítica de las corrientes sanguíneas”; el “alma argentina” era “producto químico y no físico de sus componentes”.²²

Para definir a la nación, Scalabrini también trató de describir el “espíritu” de los argentinos: “el argentino es pueblo no acuciado por sensualidad, un pueblo sin ambiciones materiales y por una inexpresada vocación de mística y de apoderamiento metafísico del mundo”.²³ Bajo su postura irracionalista, nuestro autor formó un imaginario conceptual sobre la población Argentina, es decir, creó un perfil en relación a la sociedad que servía para satisfacer sus interrogantes sobre las características de los argentinos, pero que también valía para moldear ideológicamente a los individuos que eran seguidores de sus escritos.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 132.

²⁰ Desde la perspectiva de este trabajo entendemos por “etnia” el término que se utiliza para distinguir a un grupo humano de otro por su lengua y por su cultura.

²¹ Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre...*, op. cit., pp. 11-13. Al respecto, Federico Finchelstein argumentó que el contraste entre las ideas de nación de los liberales del siglo XIX se diferenciaba de los “nacionalistas fascistas” por su xenofobia, pues no aceptaban que algún foráneo se convirtiese en parte de la nación. Consideramos que dichas categorizaciones son insuficientes para analizar el complejo entramado intelectual que caracteriza a los nacionalismos de principios del siglo XX. Si bien Finchelstein reconoce las diferencias de Scalabrini con otros nacionalistas, destacó el estrecho contacto ideológico que tenía con otros autores filo fascistas. Ver: Federico Finchelstein, *Orígenes ideológicos de la “guerra sucia”*, Buenos Aires, Sudamericana, 2016, pp. 39, 56 y 152.

²² Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre...*, op. cit., p.11 y Scalabrini Ortiz, Raúl, “Autorretrato a los 30 años”, en María Sonderéguez, *Revista Crisis 1973-1976: antología: del intelectual comprometido al intelectual revolucionario*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2008, p. 45.

²³ Raúl Scalabrini Ortiz, “La verdadera realidad argentina”, *La Gaceta de Buenos Aires*, 6 de octubre de 1934, en Biblioteca personal de Raúl Scalabrini Ortiz, Carpeta 7, p. 15.

Scalabrini creía que la idea de nación argentina había tomado más importancia a partir de la llegada masiva de inmigrantes al país: no remontaba su búsqueda al tiempo de la Revolución de Mayo. Por el contrario, en *El hombre...* pudimos observar que para él, la incidencia de los extranjeros –sobre todo aquellos llegados a finales del siglo XIX– había creado una nueva nacionalidad. Era el “espíritu de la tierra” de nuestro país, afirmaba, el que había permitido la asimilación de los inmigrantes de otras regiones.²⁴ Así, Scalabrini se acercaba más a la idea de nación cultural sostenida por un grupo de la elite argentina a finales del siglo XIX quienes comprendían la nacionalidad a base de la combinación de diferentes pueblos.

Otra cuestión importante que pudimos observar en las obras de Scalabrini fue la diferencia que establecía entre la lengua nacional y la extranjera. Nuestro autor sostuvo una postura similar a la de los *genesíacos*,²⁵ que consideraron al caos producido por la pluralidad idiomática producto de la inmigración como el punto de partida para la elaboración de un nuevo lenguaje. Al respecto, afirmaba que el hombre porteño practicaba el lenguaje con la “iniciativa verbal” de un niño: “Crea o inhuma vocablos, los retoca para acomodarlos, o los refuga sin contemplación”.²⁶ De esta forma, para Scalabrini el porteño había creado “un lenguaje de más en más esotérico e irreproducible en la escritura”.²⁷

Para los nacionalismos europeos, estas cuestiones tomaron importancia a partir de mediados del siglo XIX y siguieron prevaleciendo a principios del siglo XX. En el período de las revoluciones burguesas, la definición por contraste con el *otro* se volvió un requisito relevante. La idea de nación se tornó romántica, conservadora y racial, dado que comenzaron a cobrar trascendencia los aspectos étnicos, lingüísticos y culturales para definir a una población.²⁸ Por esta razón, no es de extrañar que Scalabrini, teniendo en cuenta que escribió sus obras en un contexto de auge de los nacionalismos, tratara de establecer diferencias tajantes entre nuestra cultura y la extranjera. Consideramos que su mayor interés al momento de escribir *El hombre...* era, justamente, poder diferenciar a la nación argentina de otras, sobre todo las europeas, para reafirmar su identidad.²⁹

²⁴ Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre...*, op. cit. P. 29-32.

²⁵ Ver: Oscar Terán, *Vida intelectual...*, op. cit. p. 232.

²⁶ Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre...*, op. cit. pp. 37 y 118-119.

²⁷ *Ibíd.*, pp. 118-121.

²⁸ Ver: George Mosse, *La cultura europea del siglo XIX*, Barcelona, Ariel, 1997, pp. 86-87 y Eric Hobsbawm, *Naciones y Nacionalismos desde 1780*, Buenos Aires, Crítica, 2012, pp. 112-113.

²⁹ Entre las diferencias que buscaba establecer entre los europeos y argentinos, Scalabrini marcó también los tipos de “amistad” que había en estas tierras a diferencia de aquellas que se podían encontrar en Europa: “En la amistad porteña hay un desprendimiento afectivo tan compacto que es casi amoroso. La amistad europea es un intercambio. La amistad porteña es un don: el único de esta tierra [...] La amistad europea

Autores como Noriko Mutsuki han argumentado que en sus escritos de los años 30, Scalabrini no utilizaba el concepto de “raza” ni tampoco “la idea de una competencia mundial” entre distintos países y sus sociedades.³⁰ Sin embargo, en *El hombre...* pudimos observar que Scalabrini relacionó la cultura argentina –más específicamente del “porteño”– con aspectos biológicos y raciales. Allí afirmaba que el porteño era el “tipo de una sociedad individualista, formada por individuos yuxtapuestos, aglutinados por una sola veneración: la raza que están formando”.³¹ De esta forma, Scalabrini trató de definir las características de los argentinos y construir su identidad diferenciándolos de los europeos.

Continuando con esta lógica, en su relato sobre el 17 de octubre de 1945, Scalabrini dio importancia a la “fe” y a los aspectos físico-biológicos de las personas, fusionando su postura irracionalista con su interés por las ciencias, mecanismo explicativo que ya había utilizado para abordar diferentes problemáticas. Sostenía que los manifestantes “llegaban cantando y vociferando unidos en una sola fe [...] los rostros de sus orígenes se traslucían en sus fisonomías”.³² Para Scalabrini, esos hombres representaban a la cultura argentina. Esa masa heterogénea era la verdadera nacionalidad de nuestro país; traducía en una sola “aspiración simplificada la multivariedad de aspiraciones individuales”, consumía “en la misma llama los cansancios y los desalientos personales”.³³ La sustancia del pueblo argentino, “su quintaesencia de rudimentarismo”, afirmaba, estaba allí presente.³⁴

A partir de 1950, Scalabrini amplió su postura racista mediante el discurso “Perspectivas para una esperanza argentina”. Si bien nuestro autor no otorgó importancia a la existencia de una etnia originaria para la formación de una nacionalidad argentina -como por ejemplo hizo Julio Irazusta³⁵-, allí expresó que la raza³⁶ no podía “cambiarse con los arbitrios de la lógica y con la habilidad de la técnica”. El hombre, afirmaba, podía “renunciar a ciertos privilegios y viejas ventajas de orden económico”, pero no podía

es dilatada y playa: sus puntos de contacto son innumerables y extrínsecos a ella misma”. Ver: Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre...*, op. cit. p. 20.

³⁰ Noriko Mutsuki, *Julio Irazusta...*, op. cit., p. 211.

³¹ Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre...*, op. cit. p. 30.

³² Raúl Scalabrini Ortiz, *Tierra sin nada, tierra de profetas*, Buenos Aires, Reconquista, 1946, p. 33.

³³ *Ibíd.*, p. 35.

³⁴ *Ibíd.*, p. 36.

³⁵ Ver: Noriko Mutsuki, *Julio Irazusta...*, op. cit., pp. 214-216.

³⁶ Desde la perspectiva de este trabajo entendemos por “raza” aquello que está relacionado con la capacidad de reproducción o la posibilidad reproductiva de una especie. La raza es un término definido socialmente y estas definiciones difieren entre las sociedades.

El concepto de nación en Scalabrini Ortiz: acercamientos y diferencias de un
nacionalista con los intelectuales de su época

“renunciar a su sangre” y a todo lo que ella significaba, ya que estas cuestiones tenían un “fundamento inconfesadamente racial”.³⁷

Nuestro autor contextualizó sus creencias mediante los sucesos de la Guerra Fría que acontecieron a mitad del siglo XX. Las características culturales que habían desarrollado los argentinos a partir de la mezcla racial que describía en *El hombre...*, sostuvo, generaron características culturales, como la neutralidad militar ante los conflictos bélicos extranjeros, que eran transmitidas genéticamente entre los individuos. Nuestro país, argumentaba, había conformado “individuos especializados” cuyas cualidades “no fundamentales” habían desaparecido.³⁸ De esta forma, Scalabrini entendía que el pensamiento político, al menos en algunos aspectos, estaba condicionado por aspectos biológicos y genéticos.

Según sostenía, los hombres de distintas regiones desarrollaban características políticas y culturales que los identificaban según su raza de nacimiento.³⁹ Estas ideas habían sido expuestas por José Enrique Rodó en torno a la época del Centenario patrio. Dicho autor es un buen ejemplo para explicar las críticas a los valores utilitaristas que creía incorporados en la cultura estadounidense, distinta de la latinoamericana desde su “espíritu”,⁴⁰ pero sin desdeñar de las influencias del positivismo que había incorporado a su discurso. Si bien destacaba la necesidad de poner “límites a la razón” y las posibilidades que el “amor” tenía como fundamento de todo orden estable, no evitó hacer alusión a las ideas de Auguste Comte y Herbert Spencer, las cuales aceptaba e incentivaba, siempre y cuando sirvieran a una lógica social fraternal.⁴¹ En su pensamiento, mientras que, por un lado, el positivismo instrumentalizaba el saber ofreciéndole al hombre las pautas para controlar y mejorar el mundo natural y social, por el otro lado, difundía la mercantilización y la vulgarización de la cultura bajo un signo exclusivamente utilitarista.⁴²

Si bien el conocimiento científico despertó en Rodó la adhesión con la que tejió tópicos y argumentos filiados al pensamiento positivista, los efectos del exacerbado “imperio de la razón científica” y su utilitarismo generaron el rechazo y desconfianza que expresó y

³⁷ Scalabrini Ortiz, Raúl, “Perspectivas para una esperanza argentina”, en Federico Gaston Addisi (comp.), *Raúl Scalabrini Ortiz. Su lucha y sus enseñanzas*, Buenos Aires, Fabro, 2009, p. 160.

³⁸ Según argumentaba, en la “pluralidad de orígenes” residían “las esperanzas de la grandeza argentina”; esa era una de “las bases más sólidas de nuestra invariable neutralidad”. Ver: *Ibíd.*, pp. 166-167.

³⁹ *Ibíd.*, pp. 166-169.

⁴⁰ José Enrique Rodó, *Ariel*, Buenos Aires, Cervantes, 1920, p. 104.

⁴¹ *Ibíd.*, pp. 98 y 103-105.

⁴² Ver: Luciana Mellado, “El modernismo y el positivismo en el *Ariel* de José Rodó”, *ALPHA*, N°22 julio 2006, pp. 1.

remitió bajo su lógica modernista, expresando así una paradoja en que la ciencia funcionaba como sojuzgadora y liberadora de la sociedad, aspecto que si en principio parece contradictorio, en Rodó guarda lógica, pues derivó en el sometimiento de los aspectos científicos a las necesidades de la cultura y su “espíritu”.⁴³

Bajo ideas similares a las críticas que Rodó realizó al utilitarismo anglosajón en *Ariel*, Scalabrini explicaba la tendencia social hacia el “materialismo” que tenían Estados Unidos y Rusia -la lucha entre ambos países en la Guerra Fría habría sido producto de la crisis del “materialismo racionalista”- como las posturas políticas que ambas naciones habían tomado ante las guerras mundiales.⁴⁴ Afirmó: “el monógeno es por excelencia incomprensivo, intolerante y por lo tanto específicamente negado a la política y al ingenio que su realización requiere”, mientras que “el múltigeno, al ser de orígenes plurales, tiene brechas abiertas hacia todos los horizontes de la comprensión tolerante”.⁴⁵ En esas ideas Scalabrini basaba la supuesta excelencia para la política que atribuía a las sociedades multigenas como la argentina, ya que afirmaba que los pueblos que se habían caracterizado por su ingenio político tenían orígenes genéticos diversos.⁴⁶

Este fue el mecanismo mediante el cual Scalabrini relacionó y profundizó la idea de nación llevada adelante en *El hombre...* con la política, la biológica y el contexto bélico de 1950. Al estar constituidos por orígenes diversos, los argentinos habrían sido *más aptos* para la política que las *razas* monogenéticas. Para él, dichas características habían inducido a los múltigenos a realizar una elección más conveniente respecto al papel que debían tomar ante los conflictos militares internacionales.

Las posturas racistas que pudimos encontrar en el pensamiento de Scalabrini no tenían como objetivo ningún tipo de discriminación racial. Por el contrario, las explicaciones que formulaba nuestro autor estaban lejos de funcionar como herramientas que justificasen la dominación de una sociedad sobre otra. Con sus argumentos buscaba brindar explicaciones que sirviesen de respuesta a la incógnita sobre las bases en las que se formaba la unión cultural de los argentinos. Las constantes corrientes inmigratorias que llegaron a nuestro país desde finales del siglo XIX hicieron tambalear los pocos aspectos culturales nacionales que estaban establecidos socialmente en Argentina. Fue por esta razón que obras como *El hombre...* tomaron relevancia a principios del siglo XX.

⁴³ *Ibíd*, pp. 1 y 6.

⁴⁴ Scalabrini Ortiz, Raúl, “Perspectivas...”, op. cit. pp. 169-170.

⁴⁵ *Ibíd*, pp. 166-167.

⁴⁶ *Ibíd*, 159-160.

En su búsqueda por explicar los mecanismos que unían socialmente a las personas, Scalabrini congenió posturas raciales, científicas e irracionalistas. En la década de 1950 todavía afirmaba que en el hombre convivían otras “inmanencias” y “creencias”, las cuales describía como un “conjunto de suposiciones indemostrables” que estaban ahincadas en el espíritu y en su idea de nación.⁴⁷ Estas creencias, afirmaba, generaban que los hombres no fuesen seres alienados los unos de los otros y que fuesen capaces de reunirse en “grandes masas”.⁴⁸

Podemos concluir que nuestro autor, tal cual lo expresó mediante el anteriormente mencionado “espíritu de la tierra”, fue más cercano al concepto de nación resultante de la “mezcla cultural” proveniente de la inmigración. La forma en que Scalabrini construyó la idea de nacionalidad argentina guardaba características “voluntaristas”, ya que los argentinos habrían reconocido pautas culturales comunes entre ellos,⁴⁹ y mitológicas, sanguíneas y raciales, ya que la inmigración habría posibilitado la creación de una nueva “raza” para nuestra nación.

Nuestro autor realizó una síntesis entre los aspectos raciales y culturales y la voluntad de los individuos para reconocerse como conciudadanos. Se bien la “raza” de nuestro país, argumentaba, había surgido naturalmente por la mezcla de otras (principalmente europeas) -cuestión que lo acercó a la postura *derivatista* “sin cepa dominante” que encuentra antecedentes en los escritos de Alberdi⁵⁰ y que era contraria al derivatismo con base criolla, quizá más cercano a la idea de nación que promovían los hermanos Irazusta,⁵¹ Bartolomé Mitre y también Ernesto Quesada,⁵² cuya característica era encontrar dicha base en un pasado que se había constituido esencial y al que habría que retornar míticamente para unir los nuevos componentes⁵³-, el deseo de los ciudadanos por asimilar diversas culturas también habría tenido gran importancia para la conformación

⁴⁷Ibíd, p. 158-160.

⁴⁸ Ibíd, p. 160.

⁴⁹Se deben tomar en cuenta distintos puntos de referencia geográficos –como por ejemplo la intersección de calles en Corrientes y Esmeralda-, culturales –como el “café”, “el barrio” o el tango-, etc.

⁵⁰Ver: Juan Bautista Alberdi, “Acción de la Europa en América”, en *Obras completas de Juan Bautista Alberdi*, Buenos Aires, La tribuna nacional, 1886-1887, t. III, p. 80.

⁵¹ Julio Irazusta afirmó: “El conquistador español impuso a los naturales de nuestro territorio, no solo sus leyes, sus costumbres y sus creencias, sino también su sangre, en una espléndida demostración de lo que puede el espíritu sobre la materia [...] Nuestros orígenes se confunden con los de España, no con los de la vaga humanidad que habitó los lugares de nuestra patria actual sin imprimirle su sello”. Ver: Julio Irazusta, “Aparición de los españoles en América”, *El Hogar*, 11 de octubre de 1935.

⁵² Ver: Oscar Terán, *Vida intelectual...*, op. cit. p. 241.

⁵³ Para este tema es conveniente observar: Ibíd, p. 230.

de la Nación Argentina, creada para Scalabrini, tal como anteriormente mencionamos, en Buenos Aires.

También consideramos que el concepto de nación que defendió nuestro autor no fue novedoso en su época. Muchos autores –Manuel Gálvez, José Ortega y Gasset o Ezequiel Martínez Estrada, entre otros–, influenciados por los argumentos anti positivistas, habían buscado al “ser nacional” a través de posturas metafísicas o la “esencia espiritual”. En el caso particular de Scalabrini, la mayor originalidad se encontraba en sus obras posteriores a *El hombre...*, como por ejemplo en *Política británica...* Allí, Scalabrini no abandonó su búsqueda del “ser nacional”, sino que, por el contrario, ahondó en la cuestión teniendo en cuenta otros problemas como el de la dependencia cultural, política y económica de Argentina respecto a Gran Bretaña.⁵⁴

De cualquier forma, las posturas de Scalabrini no podríamos adjudicárselas a Gálvez, pues en la crítica a los liberales que realizó en *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina* (1907), afirmaba que la inmigración sin freno, producto de las ideas de Juan B. Alberdi, hacía peligrar la antigua *raza criolla*. Si bien, como Scalabrini en sus obras, mostró preocupación por la batalla entre los aspectos espirituales y materialistas de los individuos, el personaje de su obra, Gabriel Quiroga, fue representado como un “patriota” que destacaba el “espíritu de las provincias” para la “reconquista espiritual del país”.⁵⁵ Gálvez postulaba recuperar el “alma argentina”, oculta tras el materialismo escéptico, cosmopolita y sin personalidad proyectado por Buenos Aires, mediante la exaltación de las tradiciones criollas, las cuales eran conservadas en la cultura provincial. La búsqueda de la nación argentina, la “vieja alma nacional”, debía, entonces, buscarse en el corazón de los pueblos olvidados por el avance de Buenos Aires, ya que allí radicaba la hispanidad criolla que serviría para nacionalizar al extranjero.⁵⁶ De esta forma, no eran los inmigrantes los que ayudarían a formar la cultura nacional, como en el caso de Scalabrini, sino que estos eran presentados como un peligro social que debía ser neutralizado y anegado en la vastedad del alma nacional, producto, según Gálvez, de la influencia española y su legado espiritual en Latinoamérica.⁵⁷

⁵⁴ Raúl Scalabrini Ortiz, *Política británica en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Reconquista, 1940, pp. 9-12.

⁵⁵ Manuel Gálvez, *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*, Buenos Aires, Taurus, 2001, pp. 86, 88,

⁵⁶ *Ibíd.*, pp. 90-91, 94 y 98.

⁵⁷ De hecho, Gálvez argumentaba que “en el fondo” éramos españoles, pues, al ser el español el idioma de los argentinos, nos caracterizábamos por ser parte de la raza peninsular. Ver, además: Manuel Gálvez, *El solar de la raza*, Madrid, Saturnino, 1920, pp. 13-29.

Estamos en condiciones de argumentar que los lineamientos teóricos seguidos por Scalabrini guardaban estrecha relación con las ideas de FORJA y el fenómeno político que varios autores han denominado “nacionalismo popular”.⁵⁸ La integración de los inmigrantes que él proponía no contradecía –por el contrario reafirmaba– las ideas americanistas que tenía y su búsqueda del “ser nacional” en el “espíritu de la tierra”. Otros autores como por ejemplo Julio Irazusta o Ramón Doll buscaban las características nacionales estrictamente en lo étnico –el hispanismo fue la principal herramienta en sus argumentos– debido a la poca simpatía que sentían hacia los “agentes desestabilizadores del capitalismo”.⁵⁹

4) ¿Hispanoamericanismo o latinoamericanismo?

La postura latinoamericanista de Scalabrini tuvo su auge a mediados de la década de 1930 cuando participó en la agrupación FORJA. Hacia finales de 1930, Scalabrini hacía referencia en su discurso a las reivindicaciones políticas americanas y no únicamente argentinas.

Los aspectos culturales en lo referente a la nacionalidad fueron definidos en *El hombre...*: “El hombre de Corrientes y Esmeralda es el vórtice en que el torbellino de la argentinidad se precipita en más sojuzgador frenesí espiritual [...] está en el centro de la cuenca hidrográfica, comercial sentimental y espiritual que se llama Argentina”.⁶⁰ Este pensamiento pudimos rastrearlo en sus escritos de la década de 1920. Allí, mediante su *porteñocentrismo*, argumentaba que la República Argentina tenía sus límites en el barrio de Belgrano, por esta razón, el “alma argentina” encontraba su forma en Buenos Aires.⁶¹ Respecto a las sociedades que para él habían creado la “raza” argentina, Scalabrini afirmó, en los *Cuadernos de FORJA*, que lo único “indiscutiblemente americano” eran los aborígenes nativos de América. Desde su perspectiva “por la sangre, a la corta o a la larga”, todos los argentinos éramos europeos, por eso afirmaba que su latinoamericanismo era “un sentimiento, no una materialidad, y menos una

⁵⁸ El nacionalismo popular fue estudiado por autores que utilizaron distintas denominaciones para describir un mismo fenómeno: Abelardo Ramos denominó a la corriente “nacionalismo democrático”, en Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, Amerindia, 1957, Navarro Gerassi la llamó “nacionalismo de izquierda”, en Marysa Navarro Gerassi, *Los Nacionalistas*, Buenos Aires, Editorial Jorge Álvarez, 1969; y José Hernández Arregui, “Nacionalismo revolucionario”, en Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*, Buenos Aires, Plus Ultra, 3ªed. 1973.

⁵⁹ Ver: Noriko Mutsuki, *Julio Irazusta...*, op. cit., pp. 215-216.

⁶⁰ Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre...*, op. cit., pp. 26-27.

⁶¹ Raúl Scalabrini Ortiz, “Autorretrato...”, op. cit., p. 45.

consanguinidad”.⁶² En países como Méjico, escribió, predominaban marcadamente “las razas autóctonas”, mientras que en Argentina el aborigen había sido extirpado, por ese motivo, nuestros genes eran para él completamente europeos.⁶³ De esta forma, mostraba que el sentido de identidad que encontraba respecto a otras naciones latinoamericanas se basaba en aspecto voluntaristas de los individuos, no en cuestiones sanguíneas o una cultura compartida.⁶⁴

En *Política británica...* y en *Historia de los ferrocarriles...* argumentaba que la “problemática de los pueblos americanos” era una sola y que estaba fundada en la balcanización.⁶⁵ El autor creía que “unir sobre lo fundamental” era tarea de legítima reivindicación americana, “así como desunir por futilidades o por doctrinas ajenas a la conveniencia americana” había sido tarea del “interés europeo y de sus cómplices”.⁶⁶ Además agregaba que impedir la formación de naciones poderosas había sido la primera línea de conducta de los ingleses. En esta política disgregadora, afirmaba, “Inglaterra aparecía fiel a su principio de autodeterminación de los pueblos”.⁶⁷

Más allá de algunas tendencias latinoamericanistas en los escritos de Scalabrini, consideramos que no profundizó demasiado en estos argumentos.⁶⁸ Él creía que los países latinoamericanos estaban estrechamente conectados, ya fuese por ciertos rasgos comunes de su pasado, la cercanía territorial o por las reivindicaciones políticas similares que realizaban contra el imperialismo europeo. Pero en sus escritos no estableció ninguna conexión entre la cultura Argentina –la de Buenos Aires, según Scalabrini– y la de otros países latinoamericanos, aunque es probable que pensara en algún tipo de unión a nivel político, sobre todo en la lucha contra Gran Bretaña. En referencia a este tema, afirmaba que “por sobre todas las disimilitudes” coexistía la misma “vibración de una esperanza, la misma ansiedad de una estructuración nueva”, es decir, el mismo “ideal de servir a la nueva idea americana”.⁶⁹

⁶²Raúl Scalabrini Ortiz, “Política británica en el Río de la Plata. Las dos políticas: la visible y la invisible”, en Ana Jaramillo (comp.), *Cuadernos de FORJA*, Buenos Aires, Ediciones de la UNLa, p 32.

⁶³ Raúl Scalabrini Ortiz, “El petróleo argentino”, en *Ibíd.*, p. 182.

⁶⁴ Raúl Scalabrini Ortiz, “Política británica...”, en *Ibíd.*, p. 10.

⁶⁵ Raúl Scalabrini Ortiz, *Historia de los ferrocarriles argentinos*, Reconquista, Buenos Aires, 1940, pp. 11-13 y Raúl Scalabrini Ortiz, *Política británica...*, op. cit., p. 11.

⁶⁶ Raúl Scalabrini Ortiz, *Historia de los ferrocarriles...*, op. cit., pp. 11-14.

⁶⁷ Raúl Scalabrini Ortiz, *Política británica...*, op. cit., pp. 145-146.

⁶⁸ Ver: Noriko Mutsuki, *Julio Irazusta...*, op. cit., p. 217 y Campi, Daniel, “El nacionalismo...” op. cit., pp. 113-116.

⁶⁹ Raúl Scalabrini Ortiz, *Cuatro verdades sobre nuestra crisis*, Buenos Aires, Ediciones F.R.S.O, 1960. pp. 30-31.

Es probable que su faceta latinoamericanista se haya visto favorecida por las ideas anti imperialista de la década de 1930. Sin embargo, al ser aspectos mencionados levemente por nuestro autor, es difícil saber hasta qué punto daba importancia a estas cuestiones o cuales eran sus ideas para formar la Nación americana.

Otro aspecto importante sobre el latinoamericanismo de Scalabrini era en referencia al papel que otorgaba a España y a Inglaterra como países colonizadores. En la primera entrega de los *Cuadernos de FORJA*, Scalabrini analizó los métodos de influencia política que habían utilizado los ingleses para controlar las decisiones políticas de nuestro país. Siguiendo esta lógica, nuestro autor explicaba que uno de los principales objetivos políticos de Canning –Primer Ministro inglés a principios del siglo XIX– había sido desunir a los pueblos latinoamericanos mediante la exaltación de los localismos y las diferencias regionales, para establecer un control político más eficaz por parte de Inglaterra sobre la región.⁷⁰

Tal como pudimos observar en *Las dos rutas de mayo*, Scalabrini afirmaba que “la dominación española había desangrado al continente y preparado así la penetración inglesa”.⁷¹ En este sentido, nuestro autor se diferenciaba de otros nacionalistas –como, por ejemplo, Manuel Gálvez– que creían que nuestro país tenía una unión cultural, incluso espiritual, con España.⁷² Ideas hispanoamericanistas semejantes también fueron argumentadas por Manuel Ugarte. Según argumentó Miguel Ángel Barrios, en las obras de Ugarte era constante el reconocimiento al legado español en Argentina. El creía que habíamos heredado de España “el amor propio”, la “virtud de la hospitalidad”, el “horror a la hipocresía”, entre otras características. La cultura argentina y la latinoamericana no habían nacido a partir de 1810, sino que se habrían forjado en los años anteriores; para Ugarte, los siglos XVI, XVII y XVIII fueron fundacionales de la nación iberoamericana.⁷³ Por el contrario, Scalabrini creía que España había sometido a sus colonias a las peores formas de imperialismo. Por eso, no consideraba que latinoamericana debiera unírsele políticamente, ni que tuviese algún tipo de conexión cultural con dicho país.⁷⁴

⁷⁰ Raúl Scalabrini Ortiz; “Política británica...”, en Jaramillo (comp.), *Cuadernos de Forja...* ob. cit, pp. 30-35

⁷¹ Raúl Scalabrini Ortiz, “Las dos rutas de mayo”, en Biblioteca personal de Raúl Scalabrini Ortiz, Carpeta A de anillos, p. 18.

⁷² Manuel Gálvez, *Vida de Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Claridad, 1997, pp. 38-40 y Manuel Gálvez, *El diario de...*, op. cit. , 86-88, 127, 154-155.

⁷³ Miguel Ángel Barrios, *El latinoamericanismo en el pensamiento político de Manuel Ugarte*, Buenos Aires, Biblos, 2007, p. 101.

⁷⁴ Raúl Scalabrini Ortiz, “Las dos rutas...”, op. cit., p. 18-20.

Podemos concluir que en la década de 1930 Scalabrini amplió su idea de nación y abarcó posturas latinoamericanistas; estas estaban sujetas a motivaciones políticas antes que culturales. En relación al período anteriormente analizado, debemos tener en cuenta que Scalabrini no abandonó la posición de privilegio que daba a Buenos Aires; sus ideas sobre el porteño como catalizador de culturas y de la ciudad como un faro que iluminaba el camino a seguir para el desarrollo de la Argentina estuvieron siempre vigentes. Scalabrini fusionó la importancia que daba a Buenos Aires con su incipiente sentimiento político latinoamericanista. Desde su perspectiva, la Argentina era un país con cultura propia que debía formar parte de una gran confederación de estados americanos que, a su vez, debían unirse para luchar contra el imperialismo.

5) Influencias intelectuales

En relación a su concepto de nación, Scalabrini se vio influenciado por distintos autores y agrupaciones políticas. Respecto a su postura americanista, la impronta de FORJA en su pensamiento fue crucial.⁷⁵ Dichas ideas tuvieron su auge en la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial ante el peligro de que los pueblos latinoamericanos fueran arrastrados a la contienda bélica. En ese sentido, uno de los autores que influenció en la agrupación fue Manuel Ugarte. Desde su perspectiva defendía la conformación de una nación latinoamericana mediante la lucha contra el imperialismo y la imposición del “socialismo nacional”; reivindicaba el nacionalismo de los países oprimidos desde una óptica socialista.⁷⁶

Ugarte afirmaba que había dos Américas con orientaciones diferentes: la que había sido colonizada por Inglaterra, que formaba “una de las naciones más poderosas del globo”, y la de origen hispano, que reunía “alrededor de ochenta millones de hombres, trabajados a veces por sacudimientos inútiles y disueltos en una veintena de repúblicas desiguales”.⁷⁷ Ugarte buscaba los motivos de alejamiento entre las dos Américas en sus orígenes, sus formas de educación, sus distintas costumbres y la “locura imperialista”.⁷⁸ A esto agregaba una supuesta cercanía de Argentina con España, país al que debíamos, afirmaba,

⁷⁵ Ver: Luis Alen Lescano, *Hispano-américa en el pensamiento de Yrigoyen*, Ediciones Cívicas Argentinas, Buenos Aires, 1959.

⁷⁶ Ver: Manuel Ugarte, *El porvenir de América Latina*, Buenos Aires, Editorial Indoamericana, 1953, pp. 50-64.

⁷⁷ *Ibíd.*, pp. 51-52.

⁷⁸ Respecto a los diferentes costumbres, Ugarte afirmaba que aquí eran “ásperas, imperiosas y brutales en una sociedad trepidante de actividad y de vida” y en la América del norte “inseguras, escépticas y bulliciosas, con un conjunto soleado y negligente”. Ver: *Ibíd.*, 51-53.

“civilización” y “sangre” (en sentido estrictamente genético).⁷⁹ Sin embargo, estos aspectos no influenciaron a nuestro autor debido a que, como analizamos anteriormente, Scalabrini no hizo uso del término “hispanoamericanismo” al referirse a las ex colonias americanas de España y Portugal. Para él había una conexión directa entre el colonialismo Español y el Inglés.⁸⁰

Tal como analizamos anteriormente, Scalabrini afirmaba que en países como Méjico predominaban marcadamente “las razas autóctonas”, mientras que en Argentina predominaba la sangre europea por la “extirpación del aborigen”.⁸¹ Respecto a este último punto, encontramos similitudes entre el pensamiento de Scalabrini con el de Juan Bautista Alberdi. El último expuso en *Bases y puntos de partida para la organización nacional* que la “revolución americana” había acabado la acción española en este continente, pero que había tomado su lugar la acción anglosajona y francesa. Los americanos de hoy, afirmó, somos europeos que hemos cambiado de maestros, pues a la iniciativa española se habían sucedido la inglesa y la francesa. Pero siempre había sido Europa la obrera de nuestra civilización. La guerra de conquista, continuó, suponía civilizaciones rivales –el salvaje y el europeo–, pero este antagonismo no existía en América. Afirmó: “Nosotros, europeos de raza y de civilización, somos los dueños de América”.⁸² Si bien Scalabrini era contrario a algunos de los pensamientos de Alberdi,⁸³ en los *Cuadernos de FORJA* –al igual que en *El hombre...*– escribió sobre la “naturaleza europea” de nuestra sangre.⁸⁴ Las explicaciones de Scalabrini en *El hombre...* y en su discurso “Perspectivas para una esperanza...”, acercaban sus ideas de nación a las de otros autores como José Ingenieros. El último analizó el “descarrilamiento histórico” de la Argentina como Nación a principios del siglo XX.⁸⁵ Además, siguiendo el modelo argumentativo del positivismo,

⁷⁹ Ibíd, p. 54.

⁸⁰ Ver: Raúl Scalabrini Ortiz, “Las dos rutas...”, op. cit., p. 18 y Campi, Daniel, “El nacionalismo...”, op. cit., p. 115.

⁸¹ Scalabrini Ortiz, “El petróleo...”, en Jaramillo (comp.), *Cuadernos de Forja...*, op. cit., p. 182.

⁸² Juan Bautista Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República de Argentina*, Buenos Aires, 1852, p. 47.

⁸³ Argumentaba Scalabrini: “Siempre se ha acusado a Buenos Aires de operar la subordinación del interior con fines de absorción y de centralismo local. Esta afirmación, en gran parte afirmada en los falsos análisis de Juan Bautista Alberdi [...] ha servido para dar un aire lógico a las inexplicables anomalías de la política nacional, interna y externa”. Ver: Raúl Scalabrini Ortiz, “Historia del ferrocarril...”, en Ana Jaramillo (comp.), *Cuadernos de Forja...*, op. cit., p. 261. Ver también la crítica de Scalabrini a las ideas de Alberdi en Raúl Scalabrini Ortiz, *Cuatro verdades...*, op. cit., p. 83.

⁸⁴ Respecto al latinoamericanismo, Scalabrini creía que la “convicción de lo americano” estaba en lo “popular”, ya que allí residía la esperanza de una “familia americana”. Ver: Raúl Scalabrini Ortiz, “Política británica...”, en Ana Jaramillo (comp.), *Cuadernos de Forja...*, op. cit., p. 30 y Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre...*, op. cit., pp. 29 y 30.

⁸⁵ Ver: José Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, Buenos Aires, L. J. Rosso, 1937.

asimiló los principios económicos a los biológicos, postura que impuso en relación a los inmigrantes.⁸⁶

Para Ingenieros, el medio físico no era homogéneo, por eso los grupos humanos presentaban variedades resultantes de sus heterogéneas condiciones de adaptación, reflejadas en sus instituciones y en sus creencias colectivas. Estas causas naturales, explicaba, habían determinado la desigualdad de las razas. Los grupos habían evolucionado y constituido nacionalidades que eran “agregados sociales transitorios en el tiempo infinito”.⁸⁷ Siguiendo esta lógica, lo primero que había diferenciado a los hombres era la *raza* y luego las nacionalidades. El concepto de nación se ampliaba al considerar al hombre regido por leyes deterministas; los procesos económicos eran para Ingenieros manifestaciones evolucionadas de simples fenómenos biológicos.⁸⁸

Scalabrini también dio gran importancia al medio físico para explicar el desarrollo de nuestra sociedad. Tal como analizamos anteriormente, él creía que Buenos Aires tenía características particulares que lograban la conjunción de etnias y la creación de una población con características determinadas. Dichas particularidades son las que nuestro autor expuso en *El hombre...* y en “Perspectivas para una...”.⁸⁹

También pudimos encontrar puntos de conexión en relación a las ideas expuestas por Scalabrini en su discurso de 1950 y el ideario de Ingenieros, sobre todo en la dependencia que ambos establecían entre los aspectos biológicos y económicos. Para los autores, estos aspectos estaban interconectados y formaban las características sociales y políticas de una población; sus instituciones y valorizaciones morales, entre otras cuestiones. De hecho, Ingenieros, al igual que Scalabrini, sostenía que la nacionalidad argentina, por las características de su raza y el clima en el cual se había desarrollado, tenía ventajas frente a otros países sudamericanos para lograr el desenvolvimiento -en conjunto con las demás naciones y bajo una postura latinoamericanista- de la paz mundial ante los países imperialistas.⁹⁰ Si bien en las obras de Scalabrini el determinismo biológico tenía menor importancia, en los escritos de Ingenieros pudimos apreciar la importancia que otorgaba

⁸⁶ Ver: Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 75-79.

⁸⁷ José Ingenieros, *Sociología argentina*, Buenos Aires, Elmer editor, 1957, p. 16.

⁸⁸ Para este tema ver: Gladys Onega, *La inmigración en la literatura argentino (1880-1910)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, pp. 99-102.

⁸⁹ Ver: Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre...*, op. cit., pp. 25 a 47 y Raúl Scalabrini Ortiz, “Perspectivas para una...”, en Federico Gastón Adissi (comp.), Raúl Scalabrini Ortiz..., op. cit., pp. 160-163.

⁹⁰ José Ingenieros, *Sociología argentina...*, op.cit., p.62-63.

a esa postura explicativa para poder establecer las diferencias culturales en torno a las nacionalidades.⁹¹

En algunas de sus obras, ambos autores valorizaron distintos análisis sociales con los que caracterizaron a los hombres argentinos, instaurando arquetipos humanos generales con características determinadas.⁹² Estos estudios partían de esquemas que relacionaban los aspectos institucionales, económicos y biológicos de la sociedad. Creían que la “organización económica” –un factor “derivado de necesidades biológicas fundamentales”– era lo que determinaba “principalmente la estructura de las instituciones sociales”.⁹³

Si bien Scalabrini e Ingenieros utilizaban argumentos relacionados con la biología para describir a la raza argentina, el primer autor hacía también gran hincapié en posturas espirituales y metafísicas para explicar el nacimiento de la nación. En este punto encontramos una gran diferencia entre ambos: el segundo autor, además de rechazar las posturas irracionalistas, daba gran relevancia a las ideas del evolucionismo social. Afirmaba que las sociedades estaban sujetas de forma determinista a distintas etapas evolutivas, las cuales atravesaban según su nivel de desarrollo económico, social y político.⁹⁴

En una línea similar, aunque no idéntica, Joaquín V. González afirmaba que la raza y la identidad nacional habían nacido a partir del medio geográfico, el momento histórico y la mixtura de razas, sobre todo la indígena, la criolla, y la negra. Si bien Scalabrini dio importancia en su relato a las razas europeas, ambos vincularon el paisaje, la sociedad –en especial los inmigrantes–, la historia y las costumbres para explicar la argentinidad y su integración de etnias.⁹⁵

También consideramos correcta la filiación de Scalabrini a Alejandro Bunge que realizó Mutsuki. Incluso, afirmamos que la idea de este sobre la transmisión de características culturales a través de componentes sanguíneos fue utilizada por nuestro autor en sus obras

⁹¹ Raúl Scalabrini Ortiz, “Perspectivas para una...”, en Federico Gastón Adissi (comp.), Raúl Scalabrini Ortiz..., op. cit., pp y 159-164 y José Ingenieros, *Sociología argentina...*, op.cit., 19-24.

⁹² Ver: José Ingenieros, *El hombre mediocre*, Buenos Aires, Anaconda, 1913. La obra trata sobre la naturaleza del hombre, oponiendo dos tipos de personalidades: la del hombre mediocre y la del idealista, analizando las características morales de cada uno, y las formas y papeles que estos tipos de hombres han adoptado en la historia y la sociedad.

⁹³ Ver: José Ingenieros, *Sociología argentina...*, op. cit., p. 28. Al respecto de Europa y las diferencias con las instituciones argentinas, Scalabrini afirmaba que no eran idénticas. Ver: Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre...*, op. cit., p. 19.

⁹⁴ José Ingenieros, *Sociología argentina...*, op. cit., p. 26, Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre...*, op. cit., pp. 41 y 42 y Raúl Scalabrini Ortiz, *Tierra sin nada...*, op. cit., pp. 26 y 27.

⁹⁵ Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la...*, op. cit, p. 61.

para explicar la conformación de la cultura argentina. Mientras Bunge argumentaba que nuestra raza llevaba “estigmas imborrables de las sangre india y gaucha, de la sangres mulata y zamba, de la pereza y la arrogancia”,⁹⁶ Scalabrini afirmaba que una de las principales virtudes de Buenos Aires era “su facultad catalítica de las corrientes sanguíneas”.⁹⁷

Bajo una misma lógica, también encontramos puntos de conexión entre Scalabrini y Carlos Octavio Bunge. A diferencia de otros escritores contemporáneos, el último valorizaba el papel jugado por los inmigrantes en la sociedad argentina, ya que los consideraba parte integrante de la “nueva raza Argentina”.⁹⁸ Al igual que nuestro autor, él afirmaba: “una vez nacionalizado y acriollado, amoldándose a los sentimientos e ideas del litoral, los mejora y tiende a formar una psicología argentina, la más bella y poderosa, la que amalgamará y refundirá en su crisol todos los factores y regiones”.⁹⁹ Los inmigrantes se habrían de fundir con los elementos autóctonos de los pobladores rioplatenses dando origen a un hombre social y psicológicamente distinto. El mítico crisol de razas que contenía la Argentina, afirmaba Bunge, se habría de mezclar “en un solo tipo de argentino, imaginativo como el aborigen de los trópicos y práctico como el habitante de los climas fríos”.¹⁰⁰

Sin embargo, los argumentos de uno y otro autor tenían objetivos distintos; en *Nuestra América* (1903), Octavio Bunge criticó la concurrencia de las masas populares a las pugnas cívicas y por esta razón glorificaba al extranjero que, privado de derechos políticos, podía “neutralizar la participación popular de los nativos” a quienes la ley les había dado el derecho a voto.¹⁰¹ Por el contrario, Scalabrini glorificaba la participación política de las masas y buscaba exaltar sus características, por eso creemos que la influencia que recibió nuestro autor de Octavio Bunge sólo refería a las cuestiones específicas en torno a la inmigración y su poder regenerador en tanto creador de una nueva raza para Argentina. Además, debemos tomar en cuenta que el biologicismo de Bunge desembocó en la postulación definitoria del racismo al aceptar el paralelismo entre los caracteres somáticos y los psíquicos, lógica que establecía las condiciones morales de un

⁹⁶ Alejandro Bunge, *La Economía argentina*, Buenos Aires, Agencia General de Librerías y Publicaciones, 1928, pp. 18 a 19.

⁹⁷ Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre...*, op. cit., p. 11.

⁹⁸ Bunge argumentaba: “La regeneración será entonces, de 1904 en adelante, una conjunción feliz de elementos litorales y mediterráneos.... Extendida por doquiera la inmigración europea no habrán tampoco notables diferencias étnicas”. En: Carlos Octavio Bunge, *Nuestra América*, Madrid, 1918, p. 131.

⁹⁹ *Ibíd.*, p. 212.

¹⁰⁰ *Ibíd.*, pp. 163-168. Ver, además: Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre...*, op. cit., pp. 12, 27, 37-38.

¹⁰¹ Gladys Onega, *La Inmigración...*, op. cit., p. 98.

individuo por sus rasgos físicos y raciales, postura de la cual carecen los escritos de Scalabrini. Sin embargo, Bunge también sostenía que la herencia psicológica transmitía predisposiciones psíquicas. De esta forma las creencias y las prácticas morales se habrían grabado en la conciencia de las sociedades por medio de la herencia psíquica. No solo era heredada, afirmaba Bunge, en los rasgos somáticos, sino también en el espíritu y sus inclinaciones. Esta cuestión es de importancia pues la última característica formó parte del relato de Scalabrini, en especial en *Perspectivas para una...* y *El hombre...*, siendo ambos escritos atravesados por perspectivas deterministas respecto a la herencia psíquica y espiritual que manifestaban las distintas naciones del mundo.¹⁰² Desde esta perspectiva, Scalabrini consideraba que las características psicológicas de los argentinos, aquellas que determinaban sus características culturales, se transmitían entre los hombres constituyendo verdaderos estados emocionales compartidos.¹⁰³

De cualquier forma, Octavio Bunge también fue alcanzado por el ambiente crítico al positivismo que influenció a Scalabrini. El cuestionamiento al cientificismo emergió en el primero en forma de vacilaciones y matices sobre su manera de poner en práctica el positivismo, por tanto, Bunge, al igual que Scalabrini, no respetaba por completo los límites de los esquemas teóricos que, tiempo después, los historiadores adjudicaron a sus concepciones y posturas filosóficas. Esta cuestión nos llevó a matizar el carácter determinista con que a veces se utilizan las categorizaciones, pues se corre riesgo de agrupar un conjunto de producciones textuales que necesitan ser diferenciadas. En el caso de Bunge, tal como afirmó Terán, tuvo incrustaciones provenientes de otros registros doctrinarios que relativizan su expresa voluntad de positivismo, albergando, su corpus de ideas, motivos “idealistas”.¹⁰⁴ Incluso, hubo en sus textos posturas decadentistas que podrían considerarse inadecuados para este tipo de contenidos.¹⁰⁵ En *Nuestra América*, el autor, al igual que Scalabrini en *La manga*, confrontó la angustia radical a la Muerte,

¹⁰² Ver: Oscar Terán, *Vida intelectual...*, op. cit., pp. 156 y 157.

¹⁰³ “Hombres ociosos, taciturnos, sufridos y altaneros son los hijos de esta planicie [...] el labriego europeo invadió la pampa fascinado [...] la labró, la dividió en predios, la rayó con su arado [...] Parecía que un barullo cándido desarrugaba el ceño adusto de la pampa [...] manejando la tierra, el hombre fue allanado por la tierra. Al conjunto irresistible de esa metafísica de la tierra, la continuidad de la sangre se quebró” Ver: Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre...*, op. cit., p. 38 y 55 a 65.

¹⁰⁴ Ver: Oscar Terán, *Vida intelectual...*, op. cit., p. 144-146. El “idealismo”, a grandes rasgos, proviene de un grupo de teorías filosóficas que afirmaban la primacía de las ideas sobre la razón y su existencia independiente. Siendo sinónimos del inmaterialismo, el materialismo rechazaba el idealismo. Este no era precisamente antagónico al realismo pues hubo filosofías idealistas, como el idealismo objetivo, que postulaban una existencia de objetos abstractos independientes del observador.

¹⁰⁵ Afirmó Bunge: “¿Hacia donde marcha la anémica humanidad contemporánea, ya vagamente degenerada y acaso decadente?”. Ver: Carlos Octavio Bunge, *Estudios filosóficos*, Buenos Aires, Casa Vaccaro, 1919, pp. 230 y 243.

cuestión que destacaba la tensión ideológica entre el positivismo, el decadentismo y las nociones nacionalistas.¹⁰⁶ De hecho, en esa obra, sustentado por nociones racistas, elaboró una historia psíquica de la Nación en tanto sujeto colectivo que poseía, afirmaba, una entidad propia personificada en el “alma nacional”.¹⁰⁷

Debemos tomar en cuenta que las posturas biologicistas¹⁰⁸ estuvieron siempre cercanas a Scalabrini. Su padre, Pedro Scalabrini, fue uno de los científicos más importantes de Entre Ríos, que había promovido la influencia del positivismo en la Escuela Normal de Paraná –institución modélica de la formación de maestros a principios del siglo XX–, fue, además, cultor de las ciencias naturales, introdujo las ideas de Augusto Comte en la Argentina–difundiendo también el evolucionismo de Spencer y la teoría de la evolución de Darwin– y promovió el acercamiento del método científico a la educación. Como vemos, es posible considerar que durante su juventud, Scalabrini haya adquirido ideas provenientes del positivismo, junto con los métodos explicativos de las ciencias naturales, por influencia de su padre.¹⁰⁹

Del mismo modo, debemos considerar que su padre era un inmigrante italiano, cuestión que pudo ser relevante para el desarrollo del concepto de nación para nuestro autor. Es decir que es posible que su experiencia familiar lo haya incentivado a buscar formas de incluir socialmente a los inmigrantes, sobre todo si tenemos en cuenta la abundante literatura crítica respecto a ellos que circulaba a finales del siglo XIX.¹¹⁰

Además, consideramos pertinente destacar la influencia del historicismo romántico alemán en la idea de nación de Scalabrini. Nuestro autor basó sus ideas en el *pueblo – Volk–* que, de forma similar a la idea de Fichte, daba características únicas a los argentinos.¹¹¹ Como pudimos observar, él creía que la particularidad de los porteños era la mezcla de razas y culturas que los habían formado, cuestión que los hacía distintos, incluso superiores a otros. Y, al igual que Willhelm Von Humboldt, Scalabrini también creía que el hombre no era “nada” por sí mismo si no estaba fundido con el todo de la

¹⁰⁶ Raúl Scalabrini Ortiz, *La manga*, Buenos Aires, Gleizer, 1923, pp. 5-6.

¹⁰⁷ Ver: Oscar Terán, *Vida intelectual...*, op. cit., p. 171.

¹⁰⁸ Por biologismo entendemos un “modelo dotado de fuertes atribuciones explicativas, y por sus propios supuestos (dado que la categoría biológica de raza implica que las características somáticas son determinantes de capacidad psicológicas y morales impugnaba otra vez la concepción del sujeto iluminista, que supone al psiquismo como una *tabula rasa* donde el medio y la educación van imprimiendo los rasgos de la cultura”. Ver: *Ibíd*, p. 155.

¹⁰⁹ Ver: “Influencias intelectuales” en el segundo apartado de la investigación.

¹¹⁰ Ver: Eugenio Cambaceres, *En la sangre*, Buenos Aires, Imprenta Sud América, 1887, Oscar Terán, *Historia de las...*, op. cit., pp. 127 a 154 y Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la...*, op. cit., pp. 73-99.

¹¹¹ Ver: George Mosse, op. cit., p. 74.

población, idea que además remarcaba con aspectos de solidaridad social.¹¹² Estas cuestiones cobraron importancia en el contexto del período de entre guerras, en el que muchas personas sentían un vacío espiritual –del cual culpaban a los valores de liberalismo– que intentaban llenar con posturas irracionalistas.¹¹³

6) Conclusiones

Nuestro objetivo en este trabajo fue examinar las perspectivas utilizadas por Scalabrini para articular su idea de nación, teniendo en cuenta las distintas influencias intelectuales que recibió y las diferencias que guardaba con otros de su época. Sostuvimos que fue variando sus opiniones respecto a esta temática como consecuencia de las influencias intelectuales que recibió a lo largo de su vida, cuestión que pudimos evidenciar en relación a su latinoamericanismo anti imperialista y la posición política que creía debía tener nuestro país respecto las naciones sudamericanas.

Dicha cuestión estuvo determinada por su postura nacionalista, la misma que lo incentivó a buscar las particularidades argentinas y las diferencias con Europa. Es evidente la importancia que adquirió la inmigración de principios del siglo XX en su búsqueda, sobre todo si tenemos en cuenta la diversidad de costumbres arraigadas que trajeron los europeos a nuestras tierras y la debilidad de la cual gozaba la incipiente cultura nacional en esa época, factor que explica el éxito comercial que tuvo su obra *El hombre....*

Tiempo después detalló con mayor especificidad las respuestas que podrían explicar las diferencias que encontraba entre las distintas culturas mundiales, recurriendo en especial a las explicaciones de tipo biológico y social. Sin embargo, no es menor destacar que fueron los europeos, y en menor medida los soviéticos y estadounidenses, de quienes buscó tomar distancia. Es posible que esta idea respondiera a su creencia respecto a la importancia de los europeos en la sociedad Argentina del entre-siglos, siendo entonces fundamental establecer diferencias tajantes que permitieran formar una cultura autónoma para los argentinos. Scalabrini encontró nuestras particularidades en las características de la sociedad porteña de la década de 1930, cuestión que lo diferenció de autores como Ugarte al momento de reivindicar la unión latinoamericana en clave anti imperialista.

Podemos concluir que, al menos con *El hombre...*, Scalabrini aportó un manual literario de alcance masivo que determinó las características culturales de la población argentina, siendo el mismo fundamental para algunos sectores sociales de la época y determinante

¹¹² Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre....*, op. cit., 19-23.

¹¹³ George Mosse, op. cit., pp. 75-76.

para muchos partidos políticos, como el peronismo, que llegaron tiempo después al escenario local.

Su idea de nación fue un factor esencial que lo distanció de otros nacionalistas como Gálvez. En primer lugar, como pudimos observar, se diferenciaba del último autor por el papel que otorgaba a la ciudad de Buenos Aires como fuente principal de la identidad argentina, idea que no compartía Gálvez, pues dicha ciudad representaba para él los aspectos materialistas y utilitaristas que combatía. En segundo lugar, fue crítico de la cultura española, pues consideraba, a diferencia de la hispanofilia sostenida por Gálvez, que la nación peninsular solo había sometido a Latinoamérica a su imperialismo. Dichos aspectos hacían que su nacionalismo fuese más receptivo con las culturas de los inmigrantes y que defendiera una idea de nación abierta a los cambios producidos por los fenómenos de finales del siglo XIX.

De todas formas, consideramos que los avances expuestos en este trabajo requieren ser confrontados con los de otros intelectuales de la época -como por ejemplo, Eduardo Mallea, Julio Irazusta y Ramón Doll- para lograr determinar con mayor exactitud las complejas características de los nacionalismos argentinos y su incidencia en los partidos políticos de la primera mitad del siglo XX.